

DESPERSONALIZACIÓN URBANA

Rubén C. Lois González
Universidad de Santiago

Como en numerosas propuestas desde la ciudad o para la ciudad, todo comenzó en Chicago (o fue en Hollywood) en el primer tercio del siglo XX. En Chicago una escuela de sociología urbana (ellos, a sí mismos, se llamaban de *ecología humana*) definió el *Modo de Vida Urbano*. Antes o después, pero en el mismo contexto histórico de entreguerras, Ch. Chaplin filmaba *Tiempos Modernos*. Dos referencias básicas para entender la vida en la ciudad como una experiencia anónima, de soledad en el medio de las masas, de competencia entre individuos y de perfiles personales sometidos a una regularización estadística. En Chicago, L. Wirth caracterizó el modo de vida de los urbanitas como competitivo, secularizado, asociado a la práctica de multitud de relaciones superficiales, con posibilidad de cambio social ascendente o descendente, y definido por la movilidad de las personas. Todo lo contrario a lo que significaba el modo de vida rural (marcado por la religión, por las relaciones intensas con los vecinos, con una estructura social estática, etc.). Al mismo tiempo, Charlot salía de su fábrica en *Tiempos Modernos*, donde sistemáticamente apretaba tornillos en una cadena de montaje industrial y seguía repitiendo el mismo gesto por una calle, en la que multitud de seres anónimos, se cruzaban con él.

La ciudad tendía a anular al ser humano en dos propuestas fundamentales del pensamiento progresista de principios del siglo XX. Hasta entonces, sólo los pensadores *reaccionarios* habían alertado sobre los peligros del industrialismo y de la urbanización, recurriendo para ello a una idealización forzada del mundo rural como una arcadia perdida. L. Wirth eligió como ejemplo de la nueva sociedad de urbanitas que se estaba consolidando a los *hobos*, trabajadores itinerantes que vivían a jornal, y a las chicas que trabajaban como *taxidancers* en algunos locales de la ciudad de Chicago (sólo baile honesto a unos centavos la pieza). El trabajo asalariado como manera de sobrevivir, las personas solitarias que competían en la urbe sin respaldo de una familia o un grupo, los orígenes diversos de los individuos, o la acera (y aquí salto a las reflexiones de M. Berman) como lugar democrático de encuentro entre todos, desconocidos entre sí.

La ciudad estaba perdiendo su áurea de lugar de progreso, de libertad individual, de crecimiento y enriquecimiento personal, de libertad e innovación. Y no sólo en el plano cultural, sino también a nivel físico. Las necesidades cientos de miles de viviendas tras la Iª Guerra Mundial obligaron a muchos urbanistas holandeses (M. Van der Rohe, Mondrian, etc.) o alemanes (en torno a la Bauhaus) a elaborar propuestas racionalizadoras de un nuevo urbanismo; un urbanismo necesitado de la construcción de multitud de viviendas para los trabajadores, unas viviendas cómodas, útiles y baratas en su edificación. Nacía con fuerza el funcionalismo en la arquitectura. Un funcionalismo que alcanzará sus cotas más elevadas con las propuestas de Le Corbusier y la Carta de Atenas. La ciudad como máquina de habitar, la denominación de *ciudad radiante* a los nuevos sectores del crecimiento urbano identificados por las grandes torres de construcción en altura, separadas por espacios libres y zonas verdes. Espacios racionales para el *homo economicus* racional, para el trabajador-urbanita contemporáneo, con necesidades y sentimientos pautados, encuadrado en lógicas y estructuras regulares (en familias nucleares, en empresas medianas o grandes, con un vehículo propio que facilitase la movilidad, etc.). El progreso, la mejora de la calidad de vida y el nuevo

mundo feliz de las urbes podía conllevar algo de despersonalización, pero los problemas de la vivienda, del empleo, de la desafección social, etc., habían sido superados en una etapa de desarrollo económico ilimitado. En los treinta gloriosos (1945-1975) estas imágenes fueron muy potentes en Occidente, del mismo modo que las nuevas urbes soviéticas o de la DDR expresaban el poder del funcionalismo arquitectónico.

A este respecto, la mayoría de los argumentos son algo maniqueos y llevan consigo una contradicción interna. De hecho, si nos asomamos a la literatura de principios del siglo XX, y a una de sus obras fundamentales, el *Ulises* de J. Joyce, todos los referentes culturales, las alusiones superpuestas al mundo clásico y a la contemporaneidad, los lugares de una ciudad como Dublín, convertida en ejemplo de lo urbano, están cargados de vida. Los estudiantes, las prostitutas y las personas reciben nombres, son alguien (L. Bloom, S. Dedalus, Zoe, etc.), y los espacios a los que se recurre poseen un simbolismo, una apreciación subjetiva propia. Lo mismo si cambiamos radicalmente de escenario, y nos dirigimos a la Lima de Vargas Llosa, en la *Tía Julia y el escribidor*. Un escritor que sobre un mapa de la ciudad fija indicadores, atribuye caracteres a los habitantes de cada barrio: El Cercado, domésticos-obreros-campesinos-indios; Jesús María, meritocracia profesional de las mujeres en el hogar; El Porvenir, vagabundos-pederastas-prostitutas-ineptos, etc. Sin embargo, en Lima como en toda Latinoamérica, como en el conjunto de la literatura latinoamericana, la vida de las personas, con deseos, preocupaciones y defectos, emerge por todas partes en unas ciudades extraordinariamente vivas, vitales y humanas.

Si damos un salto en el tiempo, y nos situamos en estos inicios del siglo XXI, la idea de despersonalización urbana se refleja en diversas dimensiones. A tres de ellas nos referiremos, por su significación: los no-lugares ejemplificados en los intercambiadores de transporte; la repetición de formas arquitectónicas monumentales en las ciudades globales; la desaparición del individuo frente a la proliferación de estadísticas socio-demográficas que lo clasifican.

El no-lugar fue definido por el pensador francés M. Augé, como un espacio, un edificio o un ámbito, cuyas características no se asocian a nada propio, único o irreplicable, que dote de significación a ese sitio. Las terminales de los aeropuertos, las áreas de servicio de las autopistas o los hoteles de una determinada compañía son muy semejantes en cualquier ciudad o región; son magníficos ejemplos de la proliferación de los no-lugares. De este modo, muchos viajeros impenitentes por motivos de trabajo, pueden no distinguir una ciudad de otra. G. Clooney en la reciente película *On the air*, recorre una buena muestra de urbes de la Norteamérica profunda donde sólo se desplaza por sus aeropuertos, por sus hoteles construidos en serie y por salas de reunión de una empresa; únicamente el rótulo que figura al comienzo de cada secuencia nos permite saber si se trata de Omaha, de Wichita o de Boulder. Los espacios funcionales y producidos en serie pueden generar despersonalización, pautas repetitivas en el comportamiento humano. Y al final todos nosotros pasamos por ellos, los utilizamos, los recordamos como escenas de películas de suspense y acción, donde las persecuciones se desenvuelven con facilidad. ¿Cuántos lugares sin atributos propios y cuantos bien individualizados generará la ciudad, la postmetrópolis en este siglo XXI? Esta es una cuestión importante.

De manera complementaria a nuestra anterior reflexión, la competencia entre ciudades que pretenden sobresalir a nivel nacional o global ha provocado imitación de los mismos proyectos de renovación urbana a través de la arquitectura espectacular. Todas las urbes, siguiendo el modelo norteamericano, aspiran a tener un *Skyline* llamativo. Así mismo, arquitectos de renombre internacional (N. Foster, A. Siza, A. Isozaki, J. Nouvel, etc.) repiten sus propuestas en edificios emblemáticos de los cinco

continentes. Palacios de congresos o de la música, auditorios, parlamentos o sedes del gobierno, frentes marítimos, etc., todas ellas piezas que buscan llamar la atención, se reproducen en aquellas ciudades que pretenden ser algo en la escala mundial. ¿Se pretende construir un tipo de urbe despersonalizado y repetitivo? O más bien, todo consiste en disponer de una serie de atributos para ser una gran metrópoli y, luego, ya se buscarán los elementos que singularicen al núcleo. La nueva arquitectura conlleva embellecimiento y cualificación urbana, pero los centros de negocios, los grandes contenedores culturales o las sedes de gobierno se parecen mucho entre sí; inducen a comportamientos despersonalizados, pautados, en definitiva a la uniformidad. Una uniformidad que también se acrecienta con el empequeñecimiento de los seres humanos frente a la magnitud de las construcciones. Todo lo contrario, a lo que los teóricos de la postmodernidad arquitectónica, del *genius loci*, habían pretendido en un comienzo.

Por último, los urbanitas se convierten en estadísticas. De trabajadores en el sector formal o informal, de residentes solitarios, de hogares con rentas altas o medias, de teletrabajadores o de empleados que deben desplazarse más de media hora todos los días, y así podríamos seguir hasta el infinito. Las masas que habitan la ciudad, cuando se miden y se cuantifican (algo, en todo caso, muy necesario para acometer políticas públicas), acaban por generar despersonalización. Los individuos, al descomponerse en una serie de características y atributos, desaparecen en su individualidad. Es cierto que los sistemas más actualizados de análisis estadístico de las poblaciones tienden a desagregar las informaciones a escala muy concreta. Pero el peligro de que las personas pasen a ser un número, el componente de un porcentaje, se mantiene en sociedades contemporáneas muy complejas y numerosas, tal y como alertó hace casi un siglo el filósofo español J. Ortega y Gasset. El riesgo consiste en que a una primera despersonalización estadística le siga una intervención pública o privada, que tampoco tenga en cuenta a los individuos concretos para su realización (en procesos de derribo de antiguos barrios, de densificación de algunos sectores, etc., encontramos numerosos ejemplos de esto).

La tensión entre la ciudad, la metrópoli a escala humana o productora de deshumanización, constituye un tema recurrente en los últimos decenios. El urbanismo, las políticas públicas y las estrategias privadas de negocio, buscan casi siempre la regularidad, el efectismo. Pero, al mismo tiempo, los seres humanos, los urbanitas, se revelan expresando nuevas formas culturales (por ejemplo, las tribus ciudadanas), modelos innovadores de comportarse (es el caso de las redes sociales por internet) e integrando a los recién llegados en una sociedad que tiende a ser multicultural. En Kiel o Santiago de Compostela, en New York, Shanghai o Bamako, la vida suele aparecer bajo muy diversas formas, a pesar de que los intentos de pautar, de uniformizar y de crear no-lugares donde moverse no cesen en este período de globalización en el que se encuentran las grandes ciudades del siglo XXI.

Muchas Gracias.